

arzobispo de Narbona, suspendieron de las funciones episcopales á Guillermo de Roquesel, obispo de Viviers, y usaron de la misma severidad con Raimundo de Rabastens, que se habia elevado por simonía á la silla de Tolosa. En lugar de este último eligieron á un abad del orden del Cistér, llamado Foulques ó Foulquet, prelado que sirvió mucho á la Religion en este puesto importante. En su juventud se dió á la poesía, y tuvo fama entre los poetas provenzales, bajo el nombre de Foulquet de Marsella, lugar de su nacimiento. Habiendo despues renunciado á todas las diversiones del siglo, se hizo monge en la fervorosa casa de Gran-Selva, de donde pasó á ser abad de Toronet, diócesi de Frejus, y de aquí al obispado de Tolosa.

6. Entretanto preparaba el Señor un nuevo socorro á su Iglesia contra las sectas corrompidas que infestaban una de sus mas bellas porciones, en la persona de un prelado estrangero que se hallaba en Francia por una de aquellas casualidades aparentes de que se vale la Providencia para ocultar sus designios (1). Diego de Azebes, obispo de Osma en Castilla, á su vuelta de Roma pasó por Montpellier, y encontró á los legados encargados de trabajar en la reduccion de los hereges, precisamente cuando iban á rennnciar su legacia por el disgusto que les causaba la multitud de sus trabajos. Uno de los principales obstáculos que impedian el fruto de su celo, era

(1) *Jord. Princ. Fr. Præd. M. S. cap. 7. et seq. — Vit. S. Dom. ap. Sur. 4. Aug.*

la vida poco arreglada de los eclesiásticos, que no dejaban de oponerles los sectarios cuando los exhortaban á abandonar sus errores. El obispo de Osma, recomendable por su nacimiento y su doctrina, lo era todavía mas por su virtud. Habia establecido en su catedral el instituto de los canónigos regulares: pasó á Roma para obtener del Papa el permiso de abdicar el obispado, y de consagrarse á la conversion de la nacion bárbara de los cumanos, que habitaban cerca de la embocadura del Danubio. No habiendo podido lograr su solicitud, tomó el hábito monástico en su tránsito por el Cistér, para juntar los egercicios rigurosos del claustro á los trabajos del obispado que se le obligaba á conservar.

Este prelado virtuoso y lleno del espíritu del Señor, concibió que era imposible reducir con palabras solas á una secta que pervertia á los sencillos con una suma afectacion de santidad y de modestia, mientras que los misioneros católicos tuviesen grandes equipages, multitud de caballos y de criados, y vistiesen y comiesen espléndidamente. Habiendo acudido los legados á tomar su consejo, como de un personage tan acreditado por su prudencia y por su piedad; „hermanos míos, les dijo este varon apostólico, nada adelantaremos, mientras que los sectarios acrediten el error con la modestia y autoridad de que hacen alarde, si no damos egermplos enteramente contrarios á su modo de vivir. Es necesario combatir su virtud aparente con una piedad efectiva, ir á pie, no llevar dinero, imitar en todo la vida de los Apóstoles.” Y

se á ella, tanto por esta razon como por el temor que le inspiraban las consecuencias de la escomunion publicada contra él. Mas despues de muchos juramentos reiterados, no hacia caso de sus mismas promesas siempre que creía poder violarlas sin peligro. Pedro de Castelnau penetraba demasiado su carácter para ser el juguete de estos artificios, y era muy grande su valor para disimularlos. Dió en rostro al conde con su mala fe y sus perjuros; y haciéndole presentes los escesos á que este Príncipe era capaz de dejarse arrebatarse, y que su misma vida corria peligro, respondió: „la causa de Jesucristo no triunfará en estas comarcas sin que ninguno de nosotros muera por la fe. Quiera Dios que el perseguidor me elija por su primera víctima.”

En fin, el conde pérfido hizo convidar á los legados á conferenciar con él en San Guilles de Provenza (1). Prometió satisfacerles sobre todos los capítulos de que era acusado; y en efecto manifestó desde luego recibir con docilidad sus consejos saludables, pero dejando bien pronto este papel violento, y quitándose la máscara sin reserva, les amenazó públicamente con la muerte, y les dijo al retirarse que cualquiera camino que tomasen por tierra ó por mar no escaparían seguramente de su venganza. El abad y los magistrados de San Guilles entendieron con razon esta amenaza reflexiva por una resolucion fija y determinada, por cuyo motivo condujeron á los legados con buena escolta hasta las orillas del Ró-

(1) *Chron. S. Mar. Antis. ann. 1208.*

dano; pero solo se procuraba evadir la violencia mientras era todavía mas temible la traicion. Dos hombres del conde, desconocidos á los legados, los habian seguido, y los alcanzaron en el lugar donde pernoctaron antes de pasar el rio. Al dia siguiente por la mañana, despues que los legados celebraron misa, como lo acostumbraban antes de partir, uno de los incógnitos se acercó á Pedro de Castelnau y le dió una lanzada por debajo de las costillas. Pedro cayendo en tierra le miró y le dijo: *Dios quiera perdonarte como yo te perdono*, lo que repitió muchas veces con un aumento siempre nuevo de caridad y de piedad, hasta que rindió su espíritu.

9. El rumor de este delito causó una conmocion universal, y llegó en poco tiempo hasta Roma (1). El Papa escribió en términos muy vivos á todos los señores y caballeros de las provincias de Narbona, Arlés, Aix, Ebrun y Viena. Despues de referir el hecho, da el título de mártir al difunto, que habia en efecto derramado su sangre por la fe, y como tal es venerado por la Iglesia el dia 5 de Marzo, no obstante haber muerto á lo mas en el mes de Febrero. Encarga á los arzobispos y á sus sufragáneos que publiquen la escomunion contra el asesino y todos sus cómplices, encubridores y defensores, y denunciarla de nuevo contra el conde de Tolosa, que con tanto fundamento se presumia culpable de esta muerte. En fin, segun las nuevas máximas que él

(1) *Gest. Innoc. III. cap. 8.*

erige en cánones, declara absueltos del juramento á todos aquellos que le hubiesen prometido al conde Raimundo fidelidad, sociedad, ó alianza, pronuncia ser permitido á todo católico, tanto perseguir su persona como apoderarse de sus estados, y concluye exhortando á la nobleza de estas provincias á armarse para la estirpacion de la heregía y la conservacion de la verdadera fe.

El Pontífice escribió además al Rey Felipe Augusto, suplicándole que fuese en persona á reprimir un vasallo, enemigo tan dañoso de la Iglesia, ó que enviase á lo menos á su hijo Luis. Como el Rey corría mal con Otton, Rey de romanos, y con Juan, Rey de Inglaterra, respondió, que teniendo á sus lados dos grandes leones que solo aguardaban ocasion favorable para asolar sus estados, no podia él ni su hijo ausentarse sin cometer una imprudencia; pero que permitiría á sus barones que fuesen á esta espedicion. El Papa habia escrito al propio tiempo á todos los señores y á todos los pueblos de Francia, como igualmente á todos los prelados, prometiéndole indulgencia plenaria á los que se cruzasen para combatir á los sectarios de la provincia narbonense, lo que hizo tomar las armas y la cruz á una infinidad de personas, que la traían sobre el pecho para distinguirse de los cruzados de levante que la llevaban en el hombro. El estrépito de estos armamentos atemorizó de tal manera al conde Raimundo, que tomó él mismo la cruz contra la secta de la que era el principal fautor.

10. Para reemplazar á Pedro Castelnau y á Rodolfo, su colega en la legacia, que murió hácia el mismo tiempo, envió el Papa dos nuevos legados, Milon, clérigo de la iglesia romana, no menos recomendable por la profundidad de su doctrina que por la solidéz de su virtud, y el doctor Teodosio, canónigo de Génova. Encamináronse por la parte de Leon delante de los cruzados que se juntaron de todas las regiones de la Francia en seguimiento del duque de Borgoña, de los condes de Nevers, de San Pablo, de Monforte, del arzobispo de Sens, de los obispos de Autun, de Clermont, de Nivers, y de otros infinitos personajes de consideracion en el estado y en la Iglesia. Raimundo se habia hecho ya absolver por los legados en el mismo lugar en que fue enterrado el bienaventurado Pedro de Castelnau, para darle en alguna manera satisfaccion honrosa. Juró sobre el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo que observaría las órdenes del Papa para la paz de la Iglesia y la espulsion de los hereges; que no haria sospechosa su fe dándoles su proteccion; que rompería con aquellas cuadrillas de bandidos llamados ruterros, y que no molestaría mas á los pueblos ni á los prelados ortodoxos. Para mayor seguridad, entregó siete castillos de sus estados, y consintió en su confiscacion, si no observase sus juramentos. No prescribiendo límites algunos á sus precauciones ni á su terror, se adelantó en persona hácia Valencia para unirse á los cruzados, con quienes renovó sus empeños, prometió sin reserva hacer cuanto quisiesen, y ofre-

como los legados manifestasen temer ser censurados de singularidad abrazando una vida tan nueva, les declaró que los acompañaría para trabajar según este método en la defensa de la fe. Remitió inmediatamente su equipage, todos sus caballos y todas las gentes de su comitiva, reservando solamente á Domingo de Guzman, canónigo regular y superior de su catedral, es decir, primera dignidad después del obispo que era el prior. Después de haber predicado el Evangelio por algún tiempo con fruto, según este nuevo plan, el sabio prelado quiso volver á su diócesis para poner en orden sus negocios, y suministrar de sus rentas para sus amadas misiones. Apenas llegó á su casa murió en una dichosa senectud (*).

7. Domingo, á quien habia escogido por continuo compañero de sus trabajos apostólicos, y que llegó

(*) La muerte del venerable obispo de Osma sucedió á principios de 1207, no á poco de haber llegado á su ciudad, como dice Berault, sino después de haber visitado su diócesis y al prepararse para volver de nuevo á Francia á continuar la grande empresa de la reducción de los hereges. Su iglesia y todas las de España lloraron amargamente la pérdida de este prelado ilustre, cuyo corazón siempre abrazado de celo por la gloria de Dios y honor de la Religión, estaba igualmente lleno de amor hácia los pobres y de la caridad más compasiva para con los pecadores. Su eminente santidad, verdaderamente digna de un obispo de los primeros siglos, le habia ganado el afecto de todos los católicos y, lo que es más, la estimación de los mismos hereges. Afirman graves autores que el Señor manifestó la gloria del santo obispo con repetidos milagros que se obraron en su sepulcro. Theodor. de Apold. num. 32. = Touron vida de Sto. Domingo. lib. 1. cap. 3. et seq.

en lo sucesivo á ser cabeza de esta misión, era suscitado del cielo para servir á la Iglesia de un modo más durable, instituyendo el orden de frailes predicadores. Nació en Castilla en la diócesis de Osma, y presumióse antes de nacer su destino por un sueño que tuvo su madre hallándose embarazada de él, en el que imaginó que llevaba en su seno un mastín generoso con una antorcha en su boca que abrasaba á toda la tierra(*). Hizo sus estudios con aprovechamiento en la escuela de Palencia, una de las más famosas de España, desde que el Rey Alfonso IX atrajo á ella de Francia é Italia los maestros más sabios en todo género; pero aprovechó todavía más en las

(*) Este brillantísimo astro de España y de toda la Iglesia nació en Caleruega, pequeña villa de la diócesis de Osma, en el año de 1170. Sus padres D. Felix de Guzman y la B. Doña Juana de Aza, eran igualmente recomendables por su fe viva y fecunda en toda clase de obras de justicia y caridad, y por la antigüedad de su nobleza y demás timbres que aprecia el mundo. No creemos ser necesario en nuestros días renovar ó repetir las disertaciones en que muchos escritores con la más rigurosa crítica y exactitud han demostrado la acendrada nobleza de las dos ilustrísimas familias de Guzman y de Aza. Los diferentes enlaces que se efectuaron entre las personas de esta familia y los Príncipes y Soberanos de Castilla y Portugal, y el honor de que se glorian nuestros Augustos Monarcas declarando su parentesco con la B. Juana de Aza y con su hijo el gran Patriarca Santo Domingo, prueban mucho más de lo que nosotros pudiéramos decir. Pero no podemos pasar en silencio uno de los más gloriosos títulos que se ha añadido á esta escelsa familia en nuestros días. Aunque las virtudes de Doña Juana de Aza se habian atraído la veneración de todos aun durante su vida mortal, y mucho más después de su gloriosa muerte, sien-

virtudes. Tomó tal gusto á la mortificación cristiana, que pasó diez años enteros sin beber vino. Su amor á la pureza fue singular, y conservó sin la mas leve mancha su virginidad hasta la muerte. Su caridad llegó hasta el extremo de vender los libros para socorrer á los pobres en tiempo de hambre.

A la fama de un mérito tan extraordinario en un estudiante, el obispo de Osma le sacó del lugar de sus estudios, y le hizo canónigo regular de su iglesia. Esto fue para Domingo un nuevo motivo de adelantar en la perfeccion, y sus nuevos progresos le merecieron ser elevado al primer puesto de su cabildo. Pero la conversion de los pecadores era su principal inclinacion, de lo que tardó poco en convencerse su santo obispo en las ocasiones que le ofreció su viage á Francia. Hallándose hospedado con él en Tolosa en casa de un sectario, pudo tanto Domingo, ya con su modo dulce é insinuante, ya con la fuerza de sus razones, que en el mismo dia de su llegada convirtió á este herege. Noticioso del riesgo que corrian muchas jóvenes nobles ó indigen-

do venerada con culto público en Aza, Caleruega, Gumiel de Izan, Peñafiel y en otras muchas ciudades y pueblos; sin embargo, no habia aun pronunciado el oráculo de la Iglesia el decreto solemne de su beatificacion. Mas en Setiembre de 1828 se efectuó lo que tanto tiempo deseaban los españoles, y despues de un riguroso exámen de las virtudes de la venerable Juana, y de las pruebas de su culto inmemorial, el Smo. Padre Leon XII, de gloriosa memoria, verificó su beatificacion con aplauso de todo el sagrado colegio y de la Iglesia universal. Véase el decreto dado en Roma en 27 de Setiembre de 1828.

tes, que con abuso infame de la liberalidad procuraban los sectarios atraer á su partido, las fundó un monasterio en Prulla, cerca de Monreal, donde en esacta clausura, silencio, oracion y trabajo hallaron una seguridad igual para el alma y para el cuerpo.

Era difícil verle y oírle sin prestarse á lo que deseaba. Sus ideas puras y muy eficaces, sus resoluciones tan ajustadas á la razon que cuasi nunca se le vió obligado á mudarlas, la igualdad de su alma siempre inalterable, su rostro mismo donde brillaban la paz de la conciencia y la alegría que se gusta en el servicio del Señor, el fuego de su cara y de sus ojos, su voz dulce y penetrante, todo arrebatava en él á la virtud, y comunicaba á sus oyentes los ardores del amor divino que abrasaban su corazon. No obstante, faltó muy poco para que no hubiese producido entre los sectarios de Languedoc los frutos de bendicion que se podian esperar. El conde de Tolosa, fautor obstinado y artificioso de esta secta abominable, hacia ineficaces los esfuerzos de los hombres mas apostólicos.

8. El legado Pedro de Castelnau era para él un objeto particular de odio, lo mismo que para todos sus protegidos hereges, á quienes perseguia este legado con tanta perseverancia como vigor (1). Formó una confederacion poderosa para la defensa de la fe, é hizo entrar en ella á la nobleza de Provenza, dependiente del conde, quien se vió precisado á unir-

(1) *Hist. Albig. cap. 64.*